



ITALIA.—Papiros en el Anapo.

T. VIII. (PRIMERA SÉRIE).—T. IV. (SEGUNDA SÉRIE).—V2.



EL RINOCERONTE LIBRANDO Á SU CACHORRO DE LAS GARRAS DEL TIGRE.—DIBUJO ORIGINAL DE O. FRENZEL.

(Véase la página 760)

Su viuda, la hermosa Elena, casóse más tarde con Juan Bautista van Broekoven, señor de Bergh-Eych.

Las más brillantes dotes del espíritu unidas á un físico altamente simpático y bello, adornaban al artista neerlandés. No sólo fué el primer pintor de su siglo si que tambien en todos los ramos del saber humano poseía extensos conocimientos, hablando con facilidad hasta siete lenguas.

Rubens ha sido llamado, y no sin razon, el Shakespeare de la pintura. Del mismo modo que el ilustre inglés ha señalado sus nuevos derroteros al drama moderno, el gran pintor flamenco ha encauzado el sentimiento estético en la corriente de la verdadera belleza, la natural. Ambos genios han corrido la misma suerte. Poco comprendidos y casi olvidados por las generaciones que les sucedieron, son en nuestros tiempos objeto de la admiración universal.—D.

### EL RINOCERONTE LIBRANDO Á SU CACHORRO DE LAS GARRAS DEL TIGRE.

DIBUJO ORIGINAL DE O. FRENZEL.

(Véase el grabado de las páginas 756 y 757).

Los sitios favoritos del rinoceronte son los espesos cañaverales que crecen junto á los ríos y en las orillas de los lagos. Cada año, en el mes de abril ó mayo,pare la hembra un solo cachorro que cuida con una solicitud extraordinaria. Jamás le pierde de vista y sólo cuando va á encenagarse en los próximos pantanos le deja sola por breves instantes. Los leones y los tigres, que jamás atacan al rinoceronte, porque saben que nada pueden sus garras contra la dura e impenetrable piel del terrible paquidermio; acechan, sin embargo, la ocasión de hacer presa en algún cachorro, cuya carne parecen encontrar sabrosa.

Nuestro grabado representa una de aquellas muy comunes escenas en que habiendo ya clavado el tigre sus garras en un tierno rinoceronte, aparece furiosa por entre las cañas su madre, de cuya terrible cólera se libra el más cruel de los felinos apelando á la fuga.—D.

### HACIA EL ABISMO.

Flotaba su blanco traje  
ciñendo su talle breve,  
y de su seno la nieve  
dejaba ver el encaje;  
por el ancho balcón de  
fuegos del ocaso entraban,  
cuál ave, se despertaban  
las notas bajo su mano,  
y en el fondo, del piano  
gemían y palpitaban.

En el espéjo frontero,  
que se inclinaba ante ella,  
temblaba su imagen bella,  
como en el lego el lucero;  
las flores del jazmínero  
sus perfumes esparcían,  
las mariposas venían  
hacia la luz de sus ojos  
y, entre dos claveles rojos,  
antes de llegar morían.

Yo escuchaba embelesado  
aquellos notas fugaces

que en ligerísimas haces  
iban al cielo azulado;  
pronto me sentí arrastrado  
en armónica oleada,  
el rayo de su mirada  
sobre el azul rieló,  
y mi alma se encontró  
de la tierra separada.

De nácar precioso era  
su rostro oval, y de modo  
que era en él pálido todo  
menos su boca hechicera;  
vacíadas en blanda cera  
sus formas esculturales  
daban líneas ideales  
de voluptuoso estilo;  
¡oh! ni la Vénus de Milo  
tuvo contornos iguales.

Nunca he podido olvidar  
la tarde en que la encontré  
hundiéndo el menudo pie  
entre las olas del mar;  
Apeles no pudo hallar  
Anadiodema mejor;  
cuando el cuello seductor  
dió al agua, con gracia suma,  
oscurcióse la espuma  
y se deshizo en redor.

¿Qué sentí? No lo concibo;  
torcedor carnal y humano  
que aun hace temblar la mano  
con que estas líneas escribo:  
la ola eterna que percibo  
suave, inquieta, transparente,  
que acaricia dulcemente  
todo un mundo de belleza  
y se rompe en mi cabeza  
y se forma nuevamente...

Flotaba su rico traje  
ciñendo su talle breve  
y de su seno la nieve  
dejaba ver el encaje;  
en soberbio carroaje  
altiva se reclinaba,  
yo absorto la contemplaba,  
las damas palidecían:  
eran astros que caían  
cuando aquél se levantaba.

Dominadora y triunfante  
pasó también ante mí;  
recuerdo que la seguí  
con la mirada anhelante;  
desde aquel fatal instante  
ví mis glorias á sus pies,  
i quién pudo soñar, después,  
que mi amor y mis venturas  
hollaran, las herraduras  
de su tronco cordobés!

Al devorar los espacios  
su rápida carretela,  
iba dejando una estela  
de brillantes y tópicos;  
fantásticos palacios  
me remolocaban sus trenes,  
uno de aquellos vaivenes  
aún mis pupilas empañó;  
aún soporto la montaña  
de sus fríos desdenes.

Bolido que al desceder  
destroza plantas y flores;  
en mis primeros amores  
ha sido aquella mujer;  
mi anciana madre, al saber  
de mi existencia el derriche,  
dijo al besar una noche  
mi labio pálido y frío:  
—Válgame Dios, hijo mío,  
vas hacia el abismo en coche!

Sevilla, 1843.

BENITO MÁS Y PRAT